

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
C 1.25 cada semana.

Nº.
811

SANTORAL

<p>Dom. 5 Infraoctava de Circuncisión. El Dulce Nombre de Jesús. San Antero papa y mártir, San Florencio obispo y santa Genoveva virgen.</p> <p>Lan. 4 Santos Tito, Gregorio y Rigoberto obispos.</p> <p>Mart. 5 San Telésforo papa, Simeón monje y Emiliana virgen.</p>	<p>Miérc. 6 † La Epifanía del Señor. San Andrés Corsino, Raimundo de Peñafort y Melanio obispo. <i>Fiesta de precepto.</i> LUNA NUEVA</p> <p>Juev. 7 Santos Félix, Jenaro, Julián y Canuto, mártires.</p> <p>Viern. 8 San Lorenzo Justiniano y los mártires Luciano, Teófilo y Eladio.</p> <p>Sáb. 9 San Julián mártir, Basilisa y Marciana vírgenes.</p>
---	---

Domingo Infraoctava de Circuncisión

Evangelio según San Lucas—Cap. II v. 21

En aquel tiempo: Llegado el día octavo, en que debía ser circuncidado el Niño, le fué puesto por nombre Jesús, nombre que le puso el angel antes que fuese concebido.

Aplicación moral

Si tal es la plenitud del nombre de Jesús, ya no es maravilla sea para nosotros fuente y origen de todo bien, de toda bendición. En el nombre de Jesús obraban los Apóstoles aquellas estupendas maravillas que convirtieron el mundo; y el nombre de Jesús los alentaba para sobrellevar alegremente las privaciones, las contumelias, las cárceles y la muerte misma, con que sellaban su apostolado y su adhesión y su amor a Jesús. ¿Y quién no ha experimentado en sí mismo la eficacia santificadora y consoladora del nombre de Jesús? En las horas de tentación, cuando la violencia del infierno, la fascinación del mundo, las rebeldías de la carne, las tempestades del corazón, se conjuran para derribar al hombre débil en el pecado o arredrarle del camino de la virtud, entonces es cuando el nombre de Jesús, humildemente invocado, muestra toda su potencia divina, con la cual armado el hombre resiste al infierno, desprecia el mundo, refrena la carne, domina y sosiega el corazón. Y en las horas de amargura y desolación, cuando el pobre corazón humano se siente solo, triste, caído, apretado, el nombre de Jesús disipa los nublados, todo lo ilumina, todo lo endulza, todo lo alegra; y nuestro corazón siente el calor de un Corazón amigo, con el cual se dilata, se levanta, se abre a esperanzas de vida y de inmortalidad.

Por esto las almas que han sentido el influjo regenerador del nombre de Jesús y han saboreado sus inefables dulzuras, no saben ya gustar de nada que no lleve el nombre de Jesús. Sin Jesús ¡qué vacío, qué triste estaría el mundo! Y sin el nombre de Jesús ¡qué insípido sería el lenguaje humano! Las armonías cadenciosas del orador romano, que tanto halagaban los delicados oídos de San Agustín, dejaban frío su corazón, porque no resonaba en aquellos rotundos períodos el eco dulcísimo del nombre de Jesús. Y San Bernardo no dudaba escribir: «Arido es todo manjar del alma, si no se condimenta con este óleo; insípido es, si no se sazona con esta sal. Si escribes, no me sabe bien, si no leo allí Jesús. Si discutes o razones, no me sabe bien, si no suena allí Jesús. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón». Y tan lleno estaba el melifluido Doctor de Jesús y de su nombre, que podía decir confiadamente a sus hermanos: «Jesús está en mi corazón, como Dios bien lo sabe; Jesús está en mis labios, como sabéis vosotros; Jesús está en mi pluma y en mis escritos, como sabe todo el mundo».

Sea éste el fruto de todas estas reflexiones: que Jesús y su divino nombre ocupe y llene nuestro corazón, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras obras. Santifique nuestra vida, selle nuestra muerte, y alegre nuestra eternidad.

EL TRIUNFO DEL CATOLICISMO

Acabamos de leer un artículo descorazonado de Salaverría. Crisis Total; todo está en crisis, afirma el escéptico colaborador de *A B C*. Todo, pero no sólo en España y en Inglaterra y en Alemania. Es el mundo entero, «es toda la civilización, con todas sus ideas y todos sus pilares sustentadores lo que está en crisis». Cada día, cada hora, en la

fugacidad de cada minuto algo se hunde en esta civilización vieja, gastada, carcomida. «Se siente el crujido de las cosas, de aquellas cosas que se consideraban más inexpugnables. Y la función de leer supone cada día más una invitación al estremecimiento». ¿Quién esperaba la quiebra de la nunca bien ponderada libra esterlina, ante la cual nos en-

ternecíamos de envidia los españoles pensando en nuestra pobre peseta enferma? ¿Quién, la crisis de Inglaterra, la quiebra de la disciplina en su escuadra modelo? Una catástrofe.

Mas una sola, no. Ved a Alemania resquebrajarse, y a Norteamérica vislumbrando el fracaso, y a Sudamérica hirviendo en revoluciones históricas, famélica, empobrecida, sin dinero, ella que enriqueció a Europa. ¿Es que ya no son más que una leyenda los galeones cargados de oro? En crisis las grandes potencias y las pequeñas. El mundo entero. Rusia empujada sobre Europa para caer en ella como sobre rico botín. Francia convertida en avaro de la tragedia universal, apilando, guardando, estremecida y medrosa, el oro. En crisis todo. El capitalismo y el liberalismo burgués. Todo, incluso el socialismo... Todo... el comunismo también. Rusia, empavorecida, vuelve sobre sus pasos. Ya no sólo es el Occidente lo que está en ruinas, según afirma Splenger; es también el Oriente que se hunde. Todo, todo. Salaverría se revuelve nervioso en todos sentidos: la autoridad, el militarismo, la propiedad, el amor, el nacionalismo, la burguesía, los organismos obreristas... Crisis total.

De ésta imponente y universal catástrofe Salaverría no excluye ni el catolicismo. Para el escritor materialista, también el catolicismo está en bancarrota. Claro está que no hace más que afirmarlo, de pasada, como un miembro más de su enumeración sombría. Pero lo afirma.

¿Y quién, aun estando privado para su desventura de la luz sobrenatural que tantas sombras disipa y tantos horizontes descubre, puede llegar a semejante rotunda afirmación? Precisamente la bancarrota de cuanto enumera Salaverría, es a saber, los frutos amargos de un progreso racionalista, sensual y pagano, denunciado, anatematizado, combatido por el catolicismo, ¿qué acusa sino el triunfo completo de la doctrina católica y del magisterio infalible de la Iglesia? Si a la hora tenebrosa que vivimos hay alguna luz encendida en lo alto que ilumine los caminos de salvación, es la que brilla en el Vaticano.

Pues, qué, ¿No ha condenado siempre y en todos los tonos la Iglesia Católica el liberalismo y el capitalismo, es decir, todos sus excesos; y la pasión del oro, y la autoridad sin Dios, y las organizaciones paganas, y el amor que ella no bendice, y la vida desenfundada de egoísmos, de placeres, con un sentido de torpe y funesto naturalismo?

Pues si todo lo que el catolicismo ha combatido está en crisis total, en ruinas evidentes, deshaciéndose como ánforas de barro en manos del alfarero, ¿quién sino el catolicismo es aquí el triunfador, el que puede levantarse sobre tanta devastación para decir a los vencidos: la realidad ha centuplicado mi vigor, probando, aun a los más miopes, que hoy, como ayer, como siempre, hasta la consumación de los siglos, porque yo soy eterno y vosotros contingentes, la única verdad, el único camino y la única vida es Jesucristo, que de sí mismo dijo que era el *Camino, la verdad y la vida*?...

Y fuera de esto, como véis con dolorosa experiencia, no hay más que catástrofes, ruinas, dolores, miserias, vanidades y aflicción de espíritu.

¿O es que tal vez para el comentarista citado, porque una Constitución política redactada de espaldas a la realidad (que en frase de Unamuno está pidiendo no ya la revisión, sino el borrón) declare la persecución del catolicismo, éste está en crisis? ¿Lo estaría porque todas las constituciones del mundo civilizado lo decretaran?

¿Por qué prueba no habrá pasado ya la Iglesia Católica en el decurso de veinte siglos? Diocleciano y Nerón creyeron acabar con el cristianismo porque contra él encendían hogueras, arrimaban potros y espoleaban las fieras. Y los siglos se sonrieron de los tiranos. En nuestros días un po-

lítico insensato, Combes, quiso apagar las luces del cielo, y fueron sus ojos, de arcilla miserable, los que cerraron a la luz, en tanto en el cielo permanecen las luces divinas fulgurantes y esplendorosas.

En las ruinas y en el resquebrajamiento de tantos pilares sustentados por la sociedad, hoy como ayer y como siempre, sólo una cosa permanece, porque es eterna: Cristo y su Iglesia. Y un solo camino le queda a la humanidad para no caer en la barbarie y en el dolor universal: el que señala el Vicario de Cristo en la tierra. GER.

MORALICEMOS LA PRENSA

Hagamos constar desde un principio, que nuestra nación no está suficientemente preparada para resistir la invasión de lo que en el léxico cristiano se llama *la mala prensa*. Apesar de las corrientes de intelectualismo del que tanto alarde se hace, a pesar de la formación literaria en las ricas fuentes de nuestros clásicos, debemos confesar que nuestro pensamiento, nuestro intelectualismo está muy poco maduro aún; la formación literaria de nuestros jóvenes, si exceptuamos un número regular de ellos, que cultivan esta rama con plena conciencia, es sumamente deficiente. De ahí que los primeros aceptan cualquier doctrina que sea presentada en forma atractiva y seductora, aunque en realidad sea quimérica y absurda; los segundos se aficionan y dedican sus mejores ratos a la lectura de novelas de mal gusto, de fondo inmoral, de tendencias materialistas y de efectos desastrosos para la estética literaria. Un joven aficionado a obras de filosofía positivista, difícilmente sabrá leer libros de sano y cristiano espiritualismo; de la propia manera, el que se entrega en absoluto a la lectura de la novela insulsa o malsana, no podrá sostener en sus manos la novela clásica y cristiana, se le caerá necesariamente. El gusto estragado no sabe apreciar las delicadezas del pensamiento filosófico y del literario.

Este hecho y las observaciones que él nos sugiere, dan la clave para comprender la razón de los perniciosos efectos que las malas lecturas producen en las distintas esferas de la sociedad.

En efecto: la formación intelectual que no tiene por base las verdades de la filosofía cristiana, carece de solidez, y fácilmente franqueará el espíritu sus puertas a toda manifestación doctrinal que alague sus concupiscencias y le justifique sus extravíos. Sin principios sólidos de doctrina cristiana no es posible el discernimiento de la verdad y del error en una serie de cuestiones que promueven libros adocenados que andan en manos de jóvenes incautos y temerarios, quienes se colocan en el borde mismo del precipicio por no querer escuchar la voz y sujetarse a la ley de nuestra buena madre la Iglesia Católica. Han abandonado la luz que les proyectaba el sentido cristiano, y se han perdido por esos laberintos de los errores y de las pasiones.

Dada la trascendencia que ha venido adquiriendo la prensa y la facilidad con que propina el error, creemos oportuno y aun necesario fijar algunos puntos de interés actual para la generación que sube. Ante todo consignamos el hecho.

La prensa es un hecho. Que sea la prensa, como se ha dicho, un medio para conseguir la emancipación del pensamiento, sea la palanca de la inteligencia, el centinela avanzado de la civilización y de la cultura, sea la lepra de las sociedades modernas, o uno de sus más preciosos esmaltes, sea el corruptor de las inteligencias o el maestro que adoctrina e ilustra a la humanidad, lo cierto es que la prensa es un hecho, y un hecho indestructible. En todas partes la prensa es una potencia: una asociación política queda incompleta si no cuenta con un periódico que la defienda; un ministerio, un partido tambalean si no alcanzan a tener en su apoyo los auxiliares y los vehículos de la prensa;

sin ella se dificultan los planes y la ejecución de un pensamiento diplomático; la prensa destruye con la misma facilidad que edifica; y como dice Balmes: «Por la prensa insinúa un monarca sus voluntades; por la prensa se avisan los conspiradores; por la prensa se hacen los partidos sus declaraciones de guerra, su señal de rompimiento de hostilidades, sus treguas, sus reconciliaciones, sus alianzas; por la prensa se ataca la calumnia o increpa la justicia, por la prensa se vindica la inocencia o desmiente sin rubor el crimen desvergonzado; a la prensa acuden las doctrinas disolventes y las conservadoras, las venenosas y las saludables; la prensa se encarga de la estadística del vicio y de los anales de la virtud; la prensa proclama la irreligión y la religión; de la prensa brotan el amor y el odio, la paz y la guerra, la luz y las tinieblas, la verdad y el error, el bien y el mal».

Esto prueba que es necesario aceptar el hecho de su trascendencia y resignarse a combatir y defender los derechos religiosos desde el libro, desde el folleto, desde la revista, y desde el periódico. Siempre será cierto que la doctrina y el sistema que cuentan con mejores adalides, tendrán sobre sus rivales grandes ventajas. Antes se ensangrentaban las lizas, hoy se escriben grandes columnas y extensas páginas; antes se mostraban las lanzas, hoy se utilizan las plumas; antes la gente se batía, ahora los hombres escriben. Una parte considerable ha creído cumplir su misión destruyendo lo más fundamental que sostiene la sociedad; otra parte no menos importante ha dedicado sus mejores energías a la reconstitución del orden y de la moral, a la reivindicación de sus derechos.

Como fenómeno curioso y significativo, vemos que, debido a la ausencia de pensamiento propio, un gran número de lectores son incapaces de pensar y de sentir otra cosa que no sea lo que piensa y lo que siente su libro o su periódico: profesan incondicionalmente y fervorosamente sus principios, asienten sin reserva a sus conclusiones. Tal es el ascendiente que su prensa favorita ha adquirido sobre la conciencia de aquellos que inconscientemente se han asimilado las ideas y se han identificado con todas las modalidades del pensamiento que ven escrito. Este hecho sugestivo se realiza entre gentes sencillas, igualmente que entre intelectuales y literatos; son raros los que logran sustraerse a la acción y atracción irresistibles de sus publicaciones predilectas.

Esto explica fácilmente la vida larga y próspera que disfrutaban en la opinión publicaciones insubstanciales, de fondo escéptico, de tendencias subversivas dentro de la sociedad. Y esto da la clave, además, para explicar el método fácil y asequible que la generación presente podría emplear para ilustrar a las muchedumbres y dirigir las y encauzarlas por caminos de salvación. No cabe duda que esto realizaría la prensa bien dirigida, inspirada en los principios de la religión, que son los de la justicia, de la caridad, de la civilización y de la sana cultura. El libro y el periódico, rodeados de los prestigios que les corresponden y acompañados de ese carácter sugestivo, serían en manos de una sociedad inteligente y honrada, medios muy eficaces y seguros para determinar el pensamiento de una nación, elevar su nivel de cultura, arraigar su sentimiento de patria y afirmar y consolidar su credo religioso, su ley moral. Es necesario rendirse ante la fuerza demostrativa de los hechos: la palabra escrita es y será el poderoso fermento que transforma y desenvuelve los gérmenes de la inteligencia, que se constituye en vehículo de las ideas, en alado conductor del pensamiento, en una palabra, que presta su más eficaz concurso para la formación y modificaciones, sean éstas de buena o de mala calidad, de la conciencia pública.

FR. F. DE B.

EL PECADO ES UNA DEBILIDAD INSEPARABLE DE LA NATURALEZA HUMANA, DE LA CUAL DIOS NO HACE CASO

Pero entonces, ¿por qué lo ha prohibido? ¿Sería su ley una irrisión?

El Decálogo es claro; en él está prohibida la blasfemia, la profanación de las fiestas, el robo, la fornicación, el asesinato y también los malos deseos; en el Evangelio está escrito que los ladrones, los adúlteros, los deshonestos no entrarán en el reino de los cielos. Si Dios no hace caso de los pecados ¿para qué sirve la Revelación? ¿Para qué vino Cristo a la tierra? ¿Por qué sufrió tanto en su honor y en su persona? La satisfacción dada por El a su Padre celestial, ¿no sería una contradicción?

Las Escrituras nos manifiestan el juicio de Dios sobre la gravedad del pecado. Los Angeles se revelan contra el Altísimo, se unen a Luzbel, reo de un solo pecado de pensamiento, e inmediatamente son sepultados en el infierno. Adán y Eva, seducidos por la serpiente infernal, violan el mandamiento divino y comen la fruta prohibida, y el Señor les expulsa del Edén, les despoja de los dones con que les había enriquecido y les condena a la muerte. La generación de Noé marcha por el camino de los placeres carnales, y el Señor se indigna tanto, que llega a arrepentirse de haber creado al hombre, y le castiga con el diluvio universal. Las cinco ciudades de Pentápolis se sumergen en el fango de la impureza, y del cielo desciende el fuego exterminador que las destruye. Son hechos y ejemplos elocuentísimos que demuestran el concepto que Dios tiene del pecado y cómo lo ha castigado en el antiguo pacto. ¿Acaso; después de la Redención de Jesucristo, Dios ha cambiado de parecer, o ha suavizado la obligación que nos impone de suavizar sus preceptos? Pero la ley no ha sido cambiada, y como su cumplimiento resulta más fácil con los auxilios de su gracia, Dios tiene más derecho para exigirnos la observancia más exacta de la misma; por eso el fallo que El pronunciará sobre los prevaricadores, que hacen inútil su Redención y pisotean su sangre preciosísima, será más severo.

Vendrá, sí, vendrá aquel día fatal, en que la justicia de Dios manifestará sus juicios y entonces los que se ríen del pecado, conocerán cuán diferentes son los juicios de Dios de los juicios de los hombres. Entonces el desengaño será cruel, pero sin remedio; el castigo será tardío, pero terrible. El pecado se nos manifestará en toda su infinita malicia; este desorden de la vida moral se manifestará en todas sus consecuencias.

A. P.



UNOS MINUTOS DE FILOSOFIA

—Las personas de mal carácter se asemejan a un vaso de barro, fácil de quebrar y difícil de componer; los de buen natural son como un vaso de oro, que con dificultad se quiebra, y con facilidad se compone.

—El que hizo la casa en la plaza a mucho se aventuró; unos dicen que es muy baja, otros que de alta pasó.

—Tres cosas echan al hombre de casa; el humo, la gotera y la mujer matraquista.

—El casamiento es un lazo, que la esperanza embellece, la felicidad conserva, y la gracia fortifica.

—Napoleón, que estimaba el valor sobre todo, decía: La castidad es para una mujer lo que el coraje para un hombre; yo desprecio igualmente a un cobarde, y a una mujer sin pudor.

—La modestia, la dulzura, la humildad, son excelentes virtudes; pero hay una que brilla en medio de ellas como el diamante entre las perlas: es la castidad.

HIMNO A LA VIRGEN

¡Oh Virgen, nuestro consuelo!
No puede daros ninguno
Loor perpetuo en el suelo,
Si ya el metro no es del cielo,
Y el poeta trino y uno.
Y pues uno de los tres
Sé que vuestro Hijo es,
Y en Vos se vino a encarnar,
¿Quién ha de saber glosar
Donde Vos tenéis los pies?

Vuestro levantado celo
Tanto con Dios pudo y supo
Para remediar el suelo,
Que en vuestras entrañas cupo
Lo que no cabe en el cielo.
Dios os ama, a Dios queréis,
En alma a Dios tenéis:
Mira si será glorioso
El lugar tan victorioso
Donde Vos tenéis los pies.

Sois divina, sois gloriosa,
Sois del soberano Padre
Hija dulce y amorosa,
Sois del Hijo dulce madre,
Del Santo Espíritu esposa;
Y por estas cosas tres
Es tan rico el interés
De los que en los cielos moran,
Que se humillan y adoran
Donde Vos tenéis los pies.

María, sagrada estrella,
Dios de tal arte os compuso,
Tan perfecta, rara y bella,
Que su largueza en Vos puso
Cuanto quiso daros della.
El resplandor que tenéis,
La gracia que alcanzáis pues,
En todo os hace notoria,
Todo es cielo, todo es gloria
Donde Vos tenéis los pies.

De tal manera os levanta
La humildad que hay en Vos,
Que si al cielo y tierra espanta
Ver que se haga hombre Dios,
Vos lo hacéis, ¡oh Virgen Santa!
Y para daros después
El lugar que merecéis,
Como á Madre sola una,
Pone el sol, pone la luna
Donde Vos tenéis los pies.

De valor tan santo y justo
El que para sí os crió
Os hizo tan á su gusto,
Que cuando en Vos se midió,
Se midió con Vos al justo.
Y fuera de quien Dios es,
Ni fué ni será después
Quien iguale a vuestro resto,
Porque todo estará puesto
Donde Vos tenéis los pies.

ÚBEDA

ACERCAMIENTO DE LOS SOCIALISTAS A LA RELIGION CATOLICA

La cooperación que el partido centrista ha prestado, durante la republica alemana, ha cambiado la actitud de los socialistas respecto a la Religión católica, y hasta respecto a las Ordenes religiosas. En el Parlamento nunca han querido ayudar a los nacionalistas en sus luchas contra la Religión. Fueron ellos los que dieron movimiento al empuje de libertad con que se reconocieron los derechos a las Congregaciones religiosas. Desde entonces, los Jesuitas han podido fundar colegios y residencias, aun en el mismo Berlín. Cuando se discutió el Concordato prusiano con Roma, los socialistas fueron los que se pusieron con ánimo resuelto al lado de la libertad y defendieron los derechos de la Iglesia católica contra los protestantes, que se oponían a él; y las Congregaciones obtuvieron libertad completa.—En esas discusiones decían: «Hay que dar a los católicos lo que necesiten. Si creen necesarios los conventos, debemos darles conventos». Los socialistas alemanes, pues, propugnan una libertad bien entendida.

HERMOSO GESTO DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE

«La delaración pontificia de Nuestra Señora de *Aparecida* como Patrona del Brasil ha dado lugar a manifestaciones grandiosas, sobre todo en la Capital, en donde se habían reunido en una inmensa plaza cerca de 800,000 personas, después de una procesión que duró varias horas. Asistían como 50 obispos. Era verdaderamente espléndido, y todo estaba magníficamente organizado. En medio de las aclamaciones que recordaban las de Lourdes, el Presidente de la República se adelantó a besar el pié de la estatua públicamente...»

LA INDULGENCIA—LOS CASTIGOS

Juan VII, rey de Portugal, era demasiado indulgente. Cierta día le presentaron, para que firmara, la sentencia de muerte de un hombre que reincidió en otro crimen después de haber sido indultado por horrible asesinato.

«No lo indultéis», dijo el Conde de Arcos; «ha cometido un crimen demasiado infame.»

«¿Uno?» dijo el rey. «Ha cometido dos.»

«No, señor, uno solo. El segundo lo cometió vuestra Majestad, porque no debía perdonar el primero a tan gran criminal.»

A vosotros, padres, madres, oíd lo que dice Dios: *Qui parceret virgae, odit filium suum*: Quién no usa, cuando

sea menester, el palo para con su hijo, le odia, porque le dejó para su mal crecer vicioso y malo.

Ya sabéis que por palo se entienden los castigos, las reprensiones, las amonestaciones, etc.

¡Cuántos hijos se pierden por la mala educación de sus padres! Estos responderán de las almas de ellos.

LOS ESTRIBOS DE LA PACIENCIA

Iban cabalgando dos jóvenes, montados en briosos corceles, y contándose sus aventuras.

Uno de ellos relataba al otro un lance muy siniestro que tiempo atrás le había acontecido, en el cual había perdido la paciencia; y exclamo de pronto: «Y cata ahí que perdí los estribos.»

Y el otro, que debía de encontrarse algo distraído, le interrumpió diciendo:

«¿Y los encontraste después?»

«¡Vaya!» si estoy hablando de los estribos de la paciencia.»

«¡Ah!»

«La paciencia es una virtud que os es necesaria», escribió San Pablo a los ebreos.

Y a vosotros, que no sois hebreos, no os es menos necesaria tal virtud. Yo sé qué a menudo se os sube la mostaza a las narices, y dáis no raras veces en arrebatos de cólera.

Recordar el proverbio: «Con paciencia se gana el cielo.»

Y el otro: «Paciencia y barajar.»

UN LETRERO

En una calle de San Petersburgo se balanceaba a la puerta de una casa un tarjetón que decía:

«Se alquila una cueva para sociedades secretas.»

¡Muy bien! lo que han dado en llamar *logias* y a veces *clubs*, no son tales, sino *cuevas* o cuando menos *madrigueras*.

El número premiado con la SORTIJA que se rifó del Turno a beneficio de la iglesia de San Francisco es el 97 que pertenece a José Borguil.

Imp. EL HERALDO, Cartago